

# Otredad de Tenochtitlan

---

Universidad de México se encuentra, en este número, con la ciudad de Tenochtitlan. Quiere llegar a ella directamente, sin pasar por los conocidos senderos de la discusión que ha suscitado este octubre de 1992. Quiere simplemente visitar la ciudad y observar la interacción entre un espacio construido y la sociedad que lo produce y en él se reproduce.

La antropología ha sido, para los países donde nació, la forma científica del encuentro con el otro, la más acabada elaboración intelectual de la pluralidad cultural del género humano. Para México, en cambio, esta disciplina no documenta la otredad, ya que forma parte de una cuestión contraria: la identidad. Muchos de nosotros aprendimos la palabra antropología cuando, en algún momento de nuestra infancia, fuimos llevados a contemplar la Sala Mexica en Chapultepec. En el marco arquitectónico del milagro mexicano de hace treinta años, entre imponentes monolitos y delicadas piezas de jade y obsidiana, nos pusieron ante la maqueta de un centro ceremonial, corazón de un imperio, y ahí nos enseñaron a hablar de los mexicas en primera persona. Ahí nos enteramos también del asombro que produjo en ellos, los primeros europeos que lo vieron, el paisaje de la Cuenca de México. Con los años, hemos conservado esas imágenes como parte de nuestro orgullo nacional, pero en realidad es muy poco lo que sabemos de esa gran ciudad los que hoy habitamos esta otra. Nos queda la idea mítica de un orden consumado y resplandeciente en Tenochtitlan, que se mezcla con el horror que nos produce la ciudad actual. Caos en la actualidad y orden en la antigüedad son las percepciones comunes.

¿Qué pasa si, por un momento, nos preguntamos sobre el espacio urbano y la vida en Tenochtitlan como si se tratara de otra ciudad, no una que "perdimos" sino una que quedó sepultada debajo de la nuestra? Veamos así los textos aquí reunidos.

Esta desapegada actitud no nos impide, por cierto, maravillarnos ante la reconstrucción de la gran ciudad que se presenta en este número. Recordemos, de entrada, que no había transcurrido un siglo desde que (en 1428) los mexicas se habían librado de la dominación de Azcapotzalco, cuando los españoles encontraron Tenochtitlan en su esplendor. Conocida es la rapidez de las transformaciones que experimentaba la sociedad mexica al momento de la llegada de los españoles. Nuestra revista quiere hacer evidente que un elemento central de esas transformaciones es el proceso urbano que se interrumpe en 1519. Es decir, la conformación de un espacio y un orden social que, en torno a un centro ceremonial y político, alojaba en un islote de 13.5 kilómetros cuadrados a aproximadamente 300 mil habitantes, los protegía de las constantes amenazas de inundación que representaba el complejo sistema hidrológico de la cuenca, satisfacía las necesidades básicas de todos, garantizaba la disponibilidad de bienes suntuarios para las clases dominantes y, en fin, proporcionaba un universo simbólico que daba sentido al conjunto.

Toda metrópolis es una máquina prodigiosa que convoca muchas y muy variadas preguntas. Tenochtitlan sugiere, al menos, las siguientes: ¿Cuál era la organización general de la ciudad y su relación con la cuenca? ¿cómo fueron posibles las obras públicas y el abasto? ¿cómo coexistían, en la densidad de un mismo espacio urbano, la moral de la nobleza y la del pueblo a pesar de sus contra-

---

Agradecemos al Museo Nacional de Antropología la colaboración prestada para la ilustración de este número.

dicciones? ¿cómo se vinculaban los diversos aspectos de la vida urbana con la dominación que ejercían los mexicas sobre otros pueblos?

Reconozcamos que la imagen de Tenochtitlan que tenemos los legos es parcial e incierta. Como ha quedado dicho, conservamos la visión del centro ceremonial, rodeado de palacios habitados por nobles en los que además se realizaban funciones gubernamentales. Sabemos que la población ascendía a varios cientos de miles, pero quizá nos imaginamos a esa población dispersa en el conjunto del valle, y resulta que se trata solamente de la población de la isla. El artículo de Felipe Solís nos da cuenta de la distribución de la población a partir de los cuatro grandes sectores, o *campa*, en los que estaba dividida la ciudad: Atzacualco, Cuexpopan, Zoquiapan y Moyotlan, a su vez subdivididos en numerosos *calpullis*. Aquí es particularmente útil la rectificación de nuestras imágenes porque no se trata del *calpulli* rural, sino de auténticos barrios urbanos, cuya población, en su inmensa mayoría, estaba dedicada a la producción artesanal y no a la agricultura.



El mismo artículo nos da noticia de lo que hoy llamaríamos la "conurbación" de Tenochtitlan con Tlatelolco, a partir del sometimiento de éste por los mexicas en 1473 y de la consiguiente incorporación de Tlatelolco a la estructura original de los cuatro sectores mencionados. Asimismo, ofrece un análisis del sistema de canales que cruzaban la ciudad, de las calzadas que la unían con las poblaciones ribereñas y una descripción del Recinto Sagrado y de sus edificios más relevantes, así como de los palacios de la nobleza que lo rodeaban.

Cuando pensamos en el complejo sistema de comunicación por agua, que permitía el traslado masivo de personas y mercancías sin carros ni animales de tiro, comprendemos que la formación de una ciudad de esas dimensiones en una isla no fue una extravagancia teocrática sino un proyecto urbano viable.

Pero la existencia de un orden espacial coherente no significa la vigencia de un orden social homogéneo, como aquél al que aspiran las modernas repúblicas. Una de las expresiones urbanas de la división estamental de la sociedad mexicana es la contradicción entre el orden estatal y el orden del barrio. La imagen de un espacio urbano ordenado adquiere fuertes matices cuando vemos la vida cotidiana de los barrios, cuyo orden interno choca con el orden estatal. En la colaboración de Pablo Escalante, que vincula ambas dimensiones, vemos la contradicción entre el orden tradicional del *calpulli* y el que la nobleza trata de imponerle. Así, el artículo da cuenta no sólo de la fuerza de los aparatos estatales para imponer al pueblo tareas tan arduas como la guerra misma, sino sobre todo, de las diversas formas de resistencia social de los habitantes de los *calpullis* y de su capacidad para reproducir sus añejos modos de vida a pesar de la cercana y siempre amenazante vigilancia estatal. Estamos sin duda frente a un caso de lo que hoy la antropología denomina pluralismo jurídico y uno no puede dejar de pensar en la capacidad que conservamos los mexicanos para movernos en diversos órdenes normativos. Uno de los aspectos de la falta de vigencia de un estado de derecho en la sociedad mexicana actual es, precisamente, la vigencia de diferentes órdenes normativos en la vida de la ciudad. Si una buena parte de nuestros espacios urbanos son ordenados conforme a la racionalidad legal de la planeación, otra parte no menos importante se forma (en terrenos ejidales) al amparo de las instituciones agrarias cuya lógica contradice todos los presupuestos de la ordenación urbana de la modernidad. Evidentemente, la vigencia del ejido en la urbanización actual es de una naturaleza completamente distinta a la del *calpulli* frente al estado mexicano. Sin embargo, es irresistible la tentación de reconocer ciertos paralelismos entre el pluralismo jurídico de Tenochtitlan y el del México de hoy. No cabe duda que, gobernantes y gobernados, somos particularmente hábiles para recurrir a diferentes órdenes normativos para resolver nuestros actuales problemas urbanos. En algunos aspectos de nuestras relaciones, tratamos de hacer privar derechos ciudadanos y principios racionales en la organización de la ciudad, mientras que, en otros, somos capaces de llegar a "arreglos locales" que nos permiten desde cerrar vías públicas hasta conectarnos, mediante diablitos a la red eléctrica —o a cablevisión.

Una concentración humana de las dimensiones de Tenochtitlan necesitaba una sólida infraestructura física, que debía ser sumamente compleja por las necesidades de comunicar la ciudad con la ribera del lago y de protegerla de las inundaciones. Además de una gran capacidad de gestión, ello demandaba grandes contingentes de fuerza de trabajo. La colaboración de Teresa Rojas muestra el papel que jugó la dominación mexicana sobre los señoríos vecinos en la construcción de la ciudad, dado que

la mayor parte de la mano de obra utilizada provenía de los pueblos sometidos. Incluso se menciona que, en algunos casos, se llegó a utilizar trabajadores de lugares tan lejanos como la Huasteca para la realización de ciertas obras. Entre las cargas más onerosas que los mexicas imponían a los otros pueblos, estaba la obligación de proveer materiales y trabajadores para engrandecer la capital del imperio. Nos enteramos, por ejemplo, de la queja de los xochimilcas, los tepanecas y otros pueblos porque los mexicas sólo querían dar de comer una vez al día a los trabajadores que habían llevado para edificar las casas reales. La ciudad era, pues, no sólo el asiento de una población, sino uno de los elementos centrales de la dominación mexica.

Además de ofrecernos numerosas referencias sobre lo que hoy llamaríamos el costo social de la grandeza urbana, el artículo contiene indicaciones sobre el alcance geográfico del llamamiento a obras, la clasificación de los trabajadores, así como las formas de organización y las condiciones del trabajo.

En el artículo de Mari Carmen Serra y Teresa Castillo aparecen otra vez las calzadas y los caminos, pero ahora como soporte del sistema de transporte del conjunto de bienes que consumía la metrópolis. Además de describir las formas y los espacios del intercambio, nos recuerda que, para proveer a la ciudad, los mexicas forzaron un aumento de la producción de los pueblos sometidos, sin un correspondiente aumento de su consumo.

La diferenciación entre estado y mercado, típica de las sociedades modernas, está ausente o es sumamente tenue en el México antiguo. El mismo artículo apunta en ese sentido al analizar las diversas formas de interrelación entre tributo y comercio y, sobre todo, al referirse a los pochteca como un enclave político, caracterización que, por cierto, no va mal a las organizaciones de comerciantes actuales, y esto incluye tanto los "ambulantes" (que, por cierto, ocupan los espacios públicos con una liberalidad que no hubiesen soñado sus colegas mexicas) cuanto a los que, a pesar de estar integrados a la economía mundial, mantienen su espíritu de cuerpo frente al poder público.

De especial interés resulta la relación que establecen las autoras entre la especialización artesanal y la estructura de la ciudad. Asimismo, el trabajo ofrece respuestas a nuestra curiosidad sobre la ubicación y organización interna de los mercados, así como sobre los sistemas de almacenamiento de las mercancías.

La colaboración de Sonia Lombardo presenta un análisis de los elementos del lenguaje arquitectónico de la ciudad. Una clara expresión espacial del orden estamental mexica era el hecho de que sólo la nobleza podía construir casas de más de un piso. Pero más allá de esta cuestión, el artículo recorre toda la variedad de espacios construidos y sus respectivas formas arquitectónicas: desde la vivienda de paja de las orillas de la isla, hasta los templos y las casas de los nobles, pasando por los mercados y las plazas de los campos. De particular interés resultan el análisis y las imágenes de la vivienda del pueblo, que nos permiten vislumbrar el marco físico de la vida cotidiana y las tensiones sociales.

Finalmente, este número presenta las colaboraciones de dos escritores, Fernando Curiel y Vicente Quirarte, que se aproximan a la ciudad a través de la reconstrucción literaria de la experiencia de la conquista, asunto que también en la literatura sigue vivo entre nosotros.

Para quienes no somos especialistas en el México antiguo, los materiales reunidos en este número de la revista ofrecen muchas y muy útiles indicaciones para responder y reorientar nuestras dudas e inquietudes sobre el fascinante espacio urbano que fue Tenochtitlan. Aunque, por un momento, hayamos querido verla con desapego, nos hemos sentido tentados a comparar pasado con presente y, de ese modo, a considerar no sólo las rupturas sino también las continuidades. Así, acabamos preguntándonos sobre nosotros mismos. Cierto, Tenochtitlan está sepultada bajo nuestra ciudad, pero ¿persiste algo de ellos en nosotros? Nos queda la duda sobre la otredad de la otra edad. ◇

